

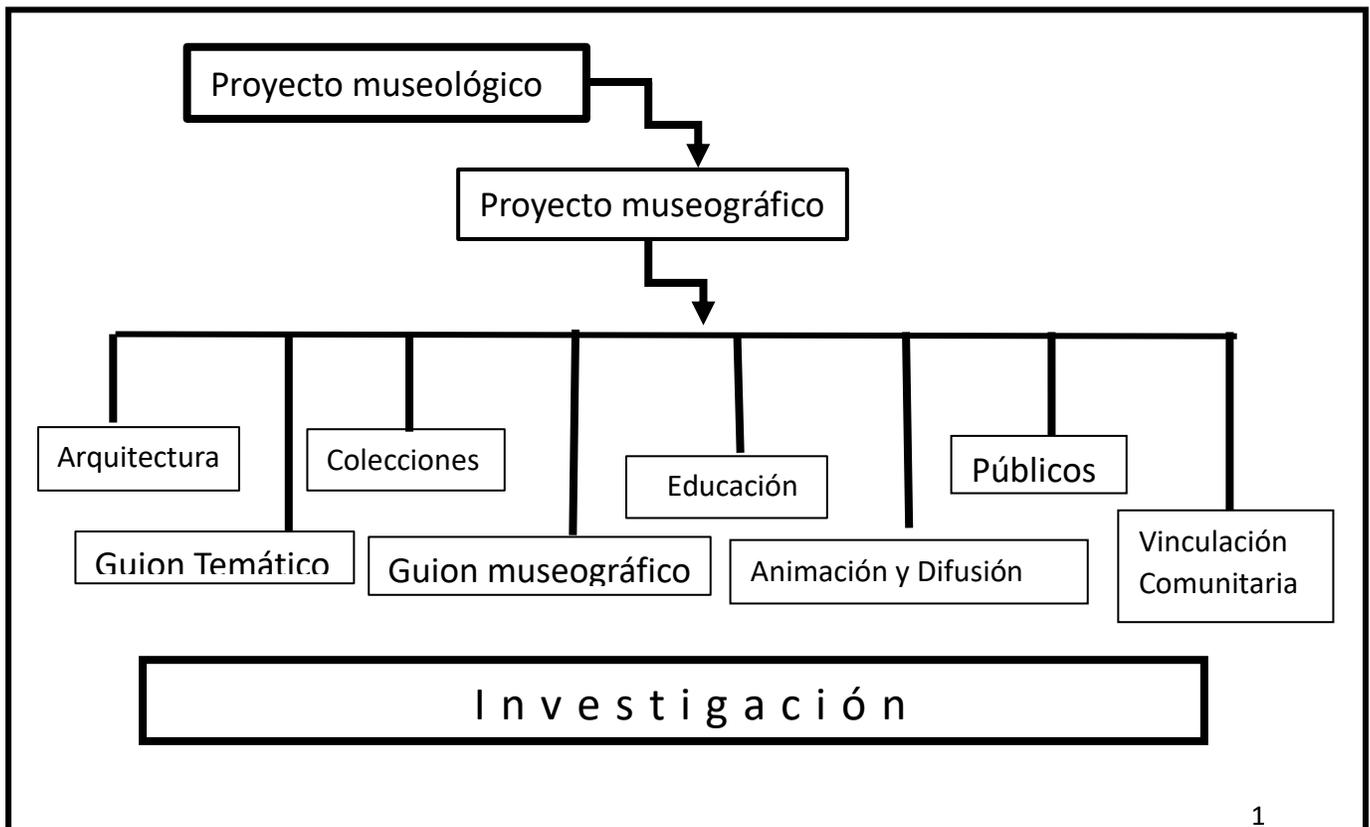
## Hacia el establecimiento de Redes Regionales de Museos del INAH

Ana G. Bedolla Giles  
Centro Comunitario Culhuacan/INAH

### I. Introducción

Los museos en México, y en especial los del INAH, a diferencia de la mayoría de los europeos, se han estructurado con colecciones propias, que han contribuido sustancialmente a la conformación del discurso de la identidad nacional, así como a asumir las responsabilidades de investigar, conservar y difundir el patrimonio, en una acepción cada vez más amplia.

En los museos se lleva a cabo un proceso de trabajo muy complejo, que exige el concurso de especialistas de una gama muy amplia de disciplinas. En efecto, es asombrosa la diversidad de áreas técnicas y académicas que concurren en las sucesivas etapas del proceso de trabajo en estos recintos. (Ver figura) De hecho, ahí se realizan funciones sustantivas que definen al Instituto, se conforma una gama de servicios educativos y recreativos, para públicos cada vez más diferenciados; y se configura una gran posibilidad de interacción con las comunidades. Aunque no es privativo de ellos, los museos regionales, locales y de sitio, encierran un gran potencial de vinculación para convertir estos recintos en espacios de encuentro, de diálogo y de reflexión compartida sobre el pasado, el presente y el futuro en y de sus demarcaciones.



A lo largo del territorio encontramos museos del INAH, que ofrecen fragmentos, objetos y visiones de nuestra historia y nuestro patrimonio, que en términos generales son recibidas por el público como portadoras de la verdad y a veces como las únicas posibles, en virtud de que los museos se han constituido como instancias legitimadoras de sus contenidos

Sin embargo, en las últimas décadas, los museos, a excepción de los que se localizan en la Ciudad de México, no han avanzado tan rápidamente como la generación de conocimientos, no en todos los casos reflejan los enfoques, interpretaciones, nuevas miradas, o propuestas sugerentes sobre los temas y colecciones que exhiben, ya sea desde las posturas disciplinarias, o bien desde la perspectiva propiamente museológica. Y a mayor abundamiento, difícilmente se renuevan en términos museográficos.

En este escrito planteamos la necesidad de fortalecer a los museos regionales, locales y de sitio, a través de un instrumento de planeación a diferentes plazos, como una de las tareas del Consejo de Museos y Exposiciones, próximo a integrarse.

## **II. ¿Cómo llegamos hasta aquí?**

Aunque este no es el espacio adecuado para hacer una historia de los museos del INAH, vale la pena señalar que, de la década de los sesenta en adelante, su número aumentó exponencialmente, en buena medida por la creación de los Centros Regionales, durante la gestión del Dr. Guillermo Bonfil. En los años ochenta creció la cantidad de museos regionales y de sitio, por lo menos ocho de los primeros en la gestión del Dr. Florescano; de tal manera que ya en los noventa, había más de 100 museos a cargo del INAH. Se inauguraron inclusive museos de sitio de mayor envergadura, en zonas arqueológicas, como por ejemplo en Xochicalco, Monte Albán, Dzibilchaltún y Paquimé.

Es interesante hacer notar que, en esos tiempos de actividad febril, no solamente la museografía mexicana se consideraba de talla mundial, sino que especialmente las y los trabajadores de los museos del Instituto gozaban de gran prestigio y reconocimiento. Los talleres funcionaban con excelentes fotógrafos, museógrafas, serigrafistas, restauradoras, carpinteros, diseñadores, correctoras de estilo, montajistas, entre otras especialidades.

A mediados de los ochenta, la ENCRyM retomó un curso de museografía para las y los trabajadores del sector, como parte de su proyecto original: convertirse en un centro de formación y actualización para las y los restauradores y museógrafos de Latinoamérica. El curso

era intensivo. Todas las tardes de lunes a viernes a lo largo de 10 meses, más uno de práctica, que se llevaba a cabo en algún museo del propio Instituto, consistente en la renovación de una sala, o de un pequeño museo.

Varios factores iniciaron el declive. Sin pretender exhaustividad, es posible identificar que paradójicamente, un *boom* de museos en los últimos años del siglo XX, alentó el surgimiento de varias compañías privadas dedicadas a ofrecer desde servicios parciales para la producción de elementos como el mobiliario, los gráficos, o las imágenes en grandes formatos, hasta el proceso completo de elaboración de museos.

Este fenómeno coincidió con la desaparición del curso de museografía para trabajadores del sector cultura, de los cursos centroamericanos, en virtud de que la ENCRyM optó por la maestría en museología. Adicionalmente la Secretaría de Hacienda y Crédito Público ofreció el retiro voluntario con ciertas ventajas para el personal técnico. Estas condiciones repercutieron en una disminución de especialistas, de por sí centralizados en el entonces Distrito Federal, así como en la falta de actualización de la gente de museos, en lo referente a nuevas técnicas y nuevos materiales, que sí dominaban las empresas, que consecuentemente impusieron nuevos estilos en el diseño museográfico.

Hay una circunstancia particular, relacionada con la participación del personal de investigación en los museos institucionales. Existen pocos académicos adscritos a los museos. En general es posible afirmar que los museos nacionales y otros que, si bien no tienen esa denominación, pero por su magnitud lo parecieran como es el caso Templo Mayor, cuentan con personal que se involucra tanto en la investigación de colecciones, como en la elaboración de guiones. Otra vertiente de participación se manifiesta en los Centros INAH, cuyos investigadores colaboran eventual y voluntariamente en museos, donde presentan los resultados de sus indagaciones. Es el caso de los museos vinculados a zonas arqueológicas, en los que la mayoría de sus investigadores intervienen en la confección de museos y exposiciones.

Finalmente, hay que anotar tres cuestiones más. Una, que tiene que ver con que los museos regionales, locales y de sitio dependen presupuestalmente de los Centros INAH; la segunda, que carecen de una estructura orgánica mínima, que limita severamente el desarrollo de las funciones sustantivas; y la tercera consiste en la desarticulación de los procesos de trabajo entre las áreas y dependencias técnicas y académicas; y entre los museos, por cercanos que se encuentren.

### **III. La Situación actual**

En 2019, los museos del INAH recibieron una cantidad de 11,312,213 visitantes, cifra que nos habla de su relevancia como espacios culturales, pero también como generadores de ingresos, que usualmente se destinan al apoyo de proyectos de las áreas sustantivas.

Sin considerar las afectaciones presupuestales por la pandemia, los museos del INAH, -más de 160 si consideramos los vinculados a zonas arqueológicas-, manifiestan graves dificultades por falta de personal. Y aquí me permito señalar que más de la mitad de estos recintos carecen de museógrafos, educadores y restauradores, por ejemplo.

Pero también es patente la ausencia de proyectos y de iniciativas de renovación y diversificación de actividades, y de políticas de alcance nacional, más allá de las instrumentadas a propósito de la equidad de género, y de la atención a personas con alguna discapacidad.

No obstante, las y los educadores de museos merecen una mención aparte. Han mostrado una gran voluntad de mejorar sus proyectos, de acercarse a las escuelas, de documentarse para atender necesidades especiales, y compartir sus experiencias y creatividad. Son, por lo demás, el gremio que cultiva y teje relaciones con distintos públicos; y el que menor presupuesto recibe.

Aun en las condiciones descritas, es importante proponer acciones que posibiliten la optimización de recursos de toda índole, para vigorizar la presencia del INAH en el país, y mejorar la calidad y el impacto de su oferta. De ahí la idea de fortalecer a los museos construyendo redes por afinidad temática, histórica y territorial.

### **IV. ¿Qué proponemos?**

Se trata de apelar a una regionalización operativa, un censo de personal y un diagnóstico de los problemas comunes, que pueden resolverse potenciando las capacidades y la experiencia del conjunto de recursos humanos de una demarcación trazada de común acuerdo entre los museos que conformarían idealmente cada red..

Una primera medida consiste en articular a los espacios museísticos a través de estructurar un programa de trabajo común, que considere propósitos y prioridades a diferentes plazos, por lo menos en los siguientes rubros:

- Diseño de actividades de formación y actualización de las y los trabajadores, en materia de museografía, inclusión, educación, divulgación y estudios de públicos.
- Convocar a investigadores, restauradores, gestores y otros especialistas, a participar en proyectos expositivos itinerantes, integrando y compartiendo enfoques, intenciones comunicativas, conocimientos, y colecciones, de tal manera que se enlacen y comprometan en el proceso de trabajo y sus productos.

Esta propuesta nace de la experiencia de trabajar con siete exconventos agustinos bajo el cuidado del INAH. Nos fijamos esta misma meta como principio, en 2019, en una reunión celebrada en el Museo de Arte Religioso de Santa Mónica en Puebla, por cierto, un exconvento de monjas agustinas. Se trata de monumentos históricos cuya conservación resulta muy onerosa, pero no brindan a sus visitantes más que alguna visita guiada al edificio, y difícilmente ofrecen alguna actividad atractiva para sus públicos potenciales, a pesar de que generalmente hay un grupo, aunque mínimo de trabajadoras y trabajadores que podrían extender la oferta de servicios educativos y culturales, si se les abre una oportunidad de actualización, para estimular la imaginación, y para nutrirse del intercambio de experiencias con miembros de otros centros de trabajo.

Descubrimos en dicha reunión, que entre todas y todos, éramos capaces de compartir nuestros conocimientos y cubrir nuestras necesidades de actualización. De ahí surgió un programa de talleres que hemos desarrollado algunos de manera presencial, antes de la pandemia, como la elaboración de guiones temáticos y de introducción a los estudios de públicos. Y en pleno 2020, recibimos un taller virtual de difusión en redes sociales, que se extendió a más de 100 trabajadoras y trabajadores de museos de varios estados del país.

Otro ejemplo del Programa de Trabajo común, mencionaré que, como parte de los apoyos para el dominio de la historia de nuestros recintos, organizamos un ciclo de conferencias sobre la evangelización, que grabamos con el consentimiento de nuestros conferenciantes, para su posterior difusión en cada exconvento. Esperamos una siguiente etapa, en la que planeamos inaugurar exposiciones simultáneas, sobre lo común y lo específico de la evangelización desde y en cada uno de los exconventos que integran esta pequeña red.

La segunda vertiente parte de la necesidad de enfatizar la función social de los museos, acordando mecanismos de vinculación con públicos y comunidades, para que los museos se conviertan en lugares donde caben sus miradas, sus creaciones y saberes, y las difundan, exhiban, y ponga en valor, en cada uno de los centros de trabajo de la red regional.

Esta proposición se deriva de la experiencia de trabajar en un Centro Comunitario, cuya misión consiste en corresponsabilizar a las comunidades en el rescate, la preservación y la divulgación de los legados de las comunidades originarias y recientes, a través de exposiciones, publicaciones, ferias y toda clase de manifestaciones culturales que las caracterizan; así como de la conservación del propio inmueble.

En este sentido, en el trabajo con los exconventos, asumimos que nuestros espacios tienen sentido si contribuyen a la democratización del acceso a la cultura; si son incluyentes, si propician la expresión de las distintas manifestaciones artísticas y culturales, entre grupos y entre generaciones.

La tercera línea de acción se desprende de la premisa de que los museos deben ser lugares donde se reflexiona sobre el pasado, el presente y el futuro. En ese sentido debe abrir sus puertas y sus salas, a mostrar los procesos sociales con sus accidentes, problemas y contradicciones; así como a corresponsabilizar a sus visitantes en la construcción de mejores escenarios para las generaciones venideras.

#### **IV. Reflexión final**

No quisiera cerrar esta intervención sin señalar una aspiración personal, que proviene de la convicción de que los museos son instituciones educativas, aunque no siempre se lo proponen.

Imagino redes regionales de museos que contribuyen desde distintos ángulos a la comprensión de la experiencia humana; a poner en tela de juicio el relato oficial sobre el mundo; a pensar la cultura como proceso histórico y social; y que trascienden la transmisión de conocimientos, para alentar la formación de una conciencia crítica en sus visitantes.